



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

D. JOSÉ ESPRONCEDA

Entre los grandes poetas que durante el siglo actual han honrado las letras patrias, ocupa indudablemente el primer lugar el inspirado y apasionadísimo vate, cuyo retrato aparece hoy en las páginas de esta *Revista*. Nacido en 1810 y criado en Madrid, muy luego dió á conocer sus brillantísimas y no comunes aptitudes y su carácter atrevido y audaz. Educado literariamente bajo la sabia direccion del ilustre matemático y esclarecido poeta D. Alberto Lista, pronto se dió á conocer Espronceda



D. José Espronceda.

por su clarísima inteligencia y su afición á la bella literatura. Siendo aún estudiante, y cuando no habia llegado todavía á la pubertad, intentó componer un poema heroico titulado *Pelayo*, con el fin de cantar los gloriosos comienzos de la reconquista. Por desgracia, solamente dió á conocer algunos fragmentos, en que se admira la grandiosidad de las descripciones, el carácter de época que en ellos resalta y los elevados alientos de su autor. A consecuencia de los sacudimientos políticos hubo de emigrar más tarde, encaminándose á Lisboa y desde

allí á Londres. Durante este período se desarrolló por completo el génio de Espronceda, y produjo composiciones tan bellísimas como la elegía *A la Patria*, el magnífico y arrogante himno *Al Sol*, y otras mil y mil en que se mostraba su inmenso talento, su estro poético y su asombroso númen. Después de escribir la incomparable leyenda *El Estudiante de Salamanca* y una novela histórica, *El castellano de Cuéllar*, acometió la atrevida empresa de trazar un poema épico social, que llamó *El Diablo Mundo*, obra cuyo vastísimo plan anuncia un pensamiento tan trascendental como el que desenvolvió Goethe en su *Fausto*, y cuya variedad de tonos y de metros, cuyos atrevidos conceptos, cuyas brillantísimas imágenes y cuyas asombrosas descripciones hicieron esperar que sería la más interesante de las producciones entre las muchas que han concebido nuestros escritores contemporáneos.

Esta gigante empresa no tuvo, sin embargo, digno remate, siquiera no se haya de inculpar al autor. Amargado el espíritu de éste por un sombrío excepticismo que se refleja en las últimas creaciones, y sobre todo en el poema inimitable que nos ocupa; fatigado de soportar las contrariedades de la vida, y hallando el mundo harto pequeño al compararle con el que su rica fantasía imaginara, resintióse su salud y murió á los treinta y dos años de edad, cuando le brindaba la gloria con sus halagos y había publicado ya seis cantos de su inmortal poema, ó por mejor decir, cinco únicamente, puesto que uno de ellos es la más sentida elegía de nuestro parnaso, y el tristísimo lamentar en que un alma de enérgicos arranques y de irresistibles brios, llora su desilusion, aguijada por las torturas de la desesperacion más profunda y del dolor más acerbo.

Aunque víctima de las exageraciones de su época, y por más que no siempre sean aceptables sus audaces afirmaciones, don José Espronceda ocupará gloriosísimo puesto entre los grandes literatos y pensadores y uno de los primeros entre los poetas que han enriquecido el habla castellana.

MAGNANIMIDAD DE UN REY NIÑO.

A este fin meditó un plan, y le puso en ejecución inmediatamente, disfrazándose de page y penetrando durante el festín en la sumptuosa morada donde se hallaban reunidos tantos grandes y poderosos señores. Entre estos desollaban el ya citado arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de Castañera, D. Enrique de Villena y el conde de Medinaceli.

Durante la comida, y á medida que paladeaban los suculentos manjares y los exquisitos vinos, entretuviéronse en mil y mil conversaciones y diálogos á cual más interesantes por las revelaciones que contenían para el disfrazado rey. Hubo un momento en que éste les oyó hacer alardes de las riquezas y villas que poseían, del gran número de vasallos que obedecían sus órdenes y defendían sus casas, y de las mejoras y aumentos que habían alcanzado durante aquella famosísima y célebre regencia. De esta manera providencial logró conocer D. Enrique las inmensas depredaciones de sus más favorecidos súbditos, y aunque el enojo le torturara el alma, supo reprimirse prudentemente y esperar á que amaneciese el siguiente día para cumplir sus proyectos y castigar á los defraudadores y tiránicos gobernantes.

Al fin de que estos acudiesen á la real estancia sin recelo alguno, tan pronto como se retiró del sitio del festín, hizo extender el rumor de que se hallaba gravemente enfermo y postrado en la cama. Los gobernadores, que nada llegaron á sospechar, acudieron sin demora, en cumplimiento de su obligacion al parecer, y realmente por conocer el giro que tomarían los asuntos

políticos. D. Enrique esperó á recibirlos cuando todos se hallaran reunidos en su antecámara, y una vez presentes los veinte que manejaban los negocios públicos, abrió una puerta y apareció el rey armado de todas armas y con la espada desnuda. Sorprendiéronse en gran manera los regentes que le creían enfermo, y le contemplaban enojado y sombrío; pero su sorpresa no llegó al colmo hasta que el monarca ocupó el trono ó situó el regío, y después de invitarlos á que se sentaran, dirigió á todos, uno por uno, la siguiente pregunta:

—¿Cuántos reyes habéis conocido?

Contestaron algunos que habían conocido dos, otros tres y los más ancianos cinco. Cuando ya había hablado el último, manifestó D. Enrique su extrañeza, y replicó: ¿Cómo puede ser esto, si yo siendo tan joven he conocido lo ménos veinte?

Maravilláronse todos extraordinariamente, y no tardaron en comprender lo que significaba tan singular observación al oír del rey estas palabras: «Vosotros todos, vosotros seis, dijo, los reyes, en grave daño del reino, mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reinado no dure mucho, ni pase adelante la burla que de nos hacéis.»

Pronunciadas estas frases, llamó en alta voz á los verdugos, y á sus cientos soldados que tenía ocultos de antemano, y el espanto y la turbación de los grandes no conoció límites. Todos ellos creían llegado su postrer instante, y la congoja y los sollozos no les permitían pedir perdón al enojado rey. Por fin el arzobispo de Toledo, como más atrevido y confiado en su carácter de príncipe de la Iglesia, alzó la voz é invocó la bondad y la generosidad del joven príncipe, prometiéndole que se enmendarían

y que restituirían á la corona las haciendas y las ciudades usurpadas. Asintieron todos á este ofrecimiento, y el monarca se contentó con tenerlos amedrentados hasta que hubieron cumplido sus promesas. De esta suerte remediáronse en parte los males que la minoridad trajera consigo, y escarmentaron por entonces aquellos soberbios vasallos que tanto daño hicieron al trono y á Castilla entera. El rey tomó las riendas del gobierno, y en su breve y pacífico reinado mostró la generosidad de su alma y el amor á la grandeza y la prosperidad de su país. El que despertó de su infantil letargo con tan memorable suceso, se conservó vigilante y avizor durante su corta vida, amargada por los padecimientos y enfermedades que le procuraron el sobrenombre de Doliente.

LA HIJA DE MILTON

Milton, sublime autor del *Paraíso perdido*, había llegado á la vejez, y con ella al colmo de las desventuras humanas. El poeta, cuya fama debía atravesar los siglos, estaba ciego y sumido en la más cruel indigencia.

Le quedaba en su soledad un consuelo, consuelo divino que dulcificaba en gran manera sus inmensas desgracias. Milton poseía una esposa, joven todavía y modelo de todas las virtudes, y tres inocentes niñas, hermosas como tres ángeles, que con sus continuas caricias disipaban las nubes de tristeza devoradora, que á todas horas oscurecían la rugosa frente del anciano y sábio autor de sus días.

Jenny, la mayor de las tres, era la que corría con el arreglo de la pobre habitación, donde ocultaba, ó más bien disimulaba con el aseo, la casi completa desnudez. Pero Jenny adquiría además otra joya á medida que iba creciendo. Esta joya era una habilidad tan extraordinaria en tocar el clavicordio, que en aquella época en que la música había hecho muy pocos progresos en

Inglaterra, se consideraba como resultado de un talento singular y digno de la mayor admiracion.

Poseia Jenny todas las gracias que puede reunir la jóven mejor educada, cuando apenas contaba quince años. Era su figura noble, su carácter amable en extremo y estaba dotada de una hermosura y de una inteligencia de las más distinguidas. Tal era la hija de Milton. Reuniendo á todas sus bellezas su sorprendente habilidad como filarmónica, había sabido conciliarse la benevolencia y el aprecio de la aristocracia inglesa.

Dos ó tres familias ilustres de Lóndres la habían honrado confiándole la enseñanza de sus hijas.

Entre estas familias se contaba la del duque de Rochester, heredero de uno de los nombres más brillantes de la nobleza británica y de una fortuna colosal.

La proteccion de un personaje tan noble y poderoso, no podia ménos de ofrecer numerosas ventajas á la pobre Jenny.

Sin embargo, nada más humilde, nada más mezquino que la retribucion de la jóven maestra en la casa del duque. Este aristócrata, tan espléndido y tan celebrado en los círculos de Lóndres, sólo pagaba á la pobre Jenny dos guineas al mes en recompensa de las lecciones de música que ésta daba á sus hijas.

Por tan miserable cantidad, la jóven se sujetaba todos los dias á ser la esclava de dos niñas exigentes, orgullosas y llenas de caprichos, condenándose á tocar veinte veces seguidas una misma pieza, repitiendo cien veces las mismas observaciones, y esforzándose en inútiles esplicaciones, sin obtener dos minutos de atencion de sus petulantísimas discípulas durante las varias horas que consagraba á este trabajo diario.

Jenny soportaba, no obstante, sin murmurar su triste posicion. Una consideracion sola, consideracion hija de sus puros y nobles sentimientos, bastaba para que se resignara complacida al trabajo; aquella insignificante retribucion mensual era de absoluta necesidad para sostener á su padre ciego y á dos hermanitas más jóvenes que ella, y su excelente corazón no hubiera retrocedido ante los mayores sacrificios, si estos habían de subvenir á las primeras necesidades de aquellos seres á quienes tanto amaba.

Jenny acudia, pues, al fin de cada mes á recoger las dos guineas de manos del mayordomo del señor duque, y se encaminaba en seguida á su casa para entregarlas á su familia con la sonrisa en los labios y la más intensa alegría en el corazón.

Un dia, el viejo mayordomo del duque de Rochester, que padecía frecuentes distracciones, entregó á la jóven tres guineas en vez de las dos que tenia de costumbre; y la inocente Jenny no observó la equivocacion hasta que estuvo en medio de la calle.

¿Debia volverse atrás para restituir la guinea que le había entregado de más el mayordomo? ¿Debia aprovecharse de la equivocacion y llevar á su familia aquel inesperado consuelo?

Una jóven que se hallaba casi sumida en la miseria, que era el único sosten de su desconsolada familia, no podia resolver fácilmente esta cuestion.

—Después de todo, decia Jenny esforzándose por persuadirse y acallar sus escrúpulos, el señor duque no será más rico ni más pobre por una guinea, y mi familia se alegraría infinito de tan feliz como inesperado socorro.

Hecha esta reflexion, se sonrió Jenny y empezó á pensar en la alegría que aquella moneda iba á producir en su padre y en sus amables hermanitas.

Mas á medida que adelantaba el paso, sus meditaciones tomaron paulatinamente un carácter sombrío que la obligó á detenerse; recordó los principios de honor y probidad que la habían inculcado desde la edad más tierna, trajo á su memoria los consejos de su querido padre, y se sonrojó de haber podido concebir el pensamiento de apropiarse la guinea que no le pertenecía.

Entonces presentáronse de nuevo á su imaginacion los sofismas con que la necesidad había querido sincerar su conducta, pensó en su pobre padre y estuvo largo tiempo indecisa, flotando entre las sugestiones del amor filial y los escrúpulos de su delicada conciencia... la lucha fué larga y sostenida; pero al fin triunfó la conciencia.

Jenny volvió á tomar el camino del palacio del duque de Rochester, buscó al mayordomo, y cubriendo con una mano sus hermosos ojos húmedos de lágrimas, le dijo:

—Señor, os habeis engañado; me disteis una guinea de más, y yo os la devuelvo.

Dejó Jenny la guinea sobre la mesa, y sin esperar contestacion salió á la calle, llegando á su casa con el corazon triste, pero tranquilo.

Al día siguiente, la jóven maestra recibió de manos del mayordomo tres guineas que el duque de Rochester la enviaba en recompensa de su heroica probidad.

Esta lealtad, esta delicadeza en una niña de quince años que resiste á las sugestiones

del hambre y de la miseria, á las inspiraciones mucho más poderosas de la ternura filial, y que sólo escucha los escrúpulos de su conciencia, revelan un corazon delicado y generoso, y nos dá ocasion para congratularnos sinceramente por encontrar semejante rasgo en la familia de uno de los hombres más célebres de la Gran Bretaña.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.



Tipos de razas humanas.

VUELVE AL CIELO

(A UN NIÑO)

Dime, niño: ¿Por qué al mundo
has dirigido tu vuelo?
¿Por qué á este valle de lágrimas
vienes á exhalar tu aliento?
¿Por qué has dejado la gloria
para bajar al infierno?
Abre tus alas azules,
rasga del éter los velos,

ve que el mundo, hermoso niño,
de la gloria está muy lejos.
No hay flor que aquí no se agoste,
no hay vid que no tronche el viento,
no hay fuego que no se apague,
no hay nube, al cruzar el cielo,
que no se trasforme en lágrimas,
y no busque su aposento
en los ojos de los hombres,
para convertirse luego
en sal que la flor agosta,
que va naciendo en tu pecho.

Niño, tus alas estiendo,
cruza el espacio, ángel bello,
no tus sonrosadas plantas
manches del mundo en el cieno;
ve cuán misera es la tierra,
ve cuán misero es su suelo,
ve que al que en la gloria nace
le es el mundo muy pequeño.
No vuelas en las tinieblas;
no vuelas en campos yermos;
vuela en la luz, en la vida;
vuela hacia Dios... ¡vuelve al cielo!

JAVIER SORAVILLA.

LA PROCESION DEL CÖRPUS

Continuación (1).

Apenas acabó de desfilarse la procesion, y antes que las gentes hubieran tenido tiempo de retirarse de los balcones, penetró en la plaza, seguido de su asistente y montando ambos fogosos corceles, un teniente de caballería, que, con la cabeza descubierta y moviéndose con gracia sobre la silla, fijaba sus ardientes y hermosos ojos, llenos de ansiedad y de ternura, en todos los balcones.

Al llegar á aquel en que se hallaban Conchita y su abuela, ambas como en expectacion de un importante acontecimiento, la niña, conmovida sin saber por qué, dijo con trémula voz á la anciana:

—Abuelita... un forastero... un oficial... mira, mira, ya llega, ya...

Y la madre ciega, por una de esas revelaciones que nos hacen creer en la doble vista, en los ojos del espíritu, gritó con arrebatado:

—¡Mi hijo! ¡Mi Enrique!

Y á este acento, saltando el oficial del caballo, contestaba con filial y ardiente ternura:

—¡Madre! ¡Madre mia!

Se levantó la anciana, y dirigiéndose á la escalera, cual si Dios la hubiera devuelto la vista, cogiéndola la mano Conchita para guiarla, decia con infantil y entusiasta regocijo:

—¡Mi tío Enrique que vuelve! ¡qué buen dia del Cörpus! ¡y qué guapo es mi tío! ¡y qué ojos tiene tan hermosos! ¡y qué traje tan elegante!

Y encontrándose en la escalera madre é hijo, un estrecho y prolongado abrazo borró

de sus almas el recuerdo de todos sus pasados dolores.

Al hallarse la pobre ciega con su adorado Enrique entre los brazos, la felicidad que inundó su alma borró en ella el recuerdo de su pasado dolor, y en la tierna expansion de su alegría, olvidó los malos tratamientos de su nuera, la indiferencia de su hijo mayor, sus lágrimas, que habían muerto la luz de sus ojos, los cinco años de horrible tormento que lejos de su adorado hijo había pasado.

Conchita, con los ojos inundados de deliciosas lágrimas, los labios entreabiertos por graciosa sonrisa, lo que hacía asemejarse su hechicero rostro á un cielo de Abril, cuando despues de aljofarada y serena lluvia deja el sol deslizar sus dorados rayos por entre las mojadas hojas de las acacias, miraba á Enrique con un indescriptible sentimiento de ternura y de temor; pues la presumidilla, que se creía ya una mujercita, la daba vergüenza de arrojarle en los brazos de su tío, y esperaba á que éste se volviera á ella.

La madre de Enrique, cubriendo de besos y lágrimas las bellas facciones de su hijo, empalidecidas bajo la influencia del sol tropical, sus negros y brillantes ojos, su frente despejada, su risueña y encarnada boca adornada de sedoso bigote, creía haber recobrado la vista, y sus labios y sus manos la servían para darse cuenta de la belleza varonil, de la gallardía y apostura del joven.

—¡Hijo mio! ¡hijo de mi alma! ¡Bendito sea Dios que te devuelve á mis brazos!

Aun cuando Enrique había llegado á entender vagamente que la vista de su madre se había debilitado, y que la anciana no le podía escribir, haciéndolo en su nombre Conchita, no se figuró que hubiera quedado completamente ciega; mas al ver sus muertos ojos, oprimióse de dolor su corazón, y él, que era tan esforzado y valiente, vertió lágrimas como un niño al revelársele todas las que en su ausencia habría vertido su pobre madre.

—¡Estás ciega, madre querida! dijo estrechando contra su pecho la venerable cabeza de la buena señora, cubierta de blancas canas.

Y por un momento nubló sus hermosas facciones el recuerdo de las penas domésticas que le obligaron á separarse de su an-

(1) Véase la pág. 166.

ciana madre, que se habia quedado ciega llorando su forzada ausencia.

Aquellos relámpagos de cólera que inflamaron los rasgados ojos de Enrique, llenaron de temor el alma de Conchita, y como si adivinara su causa y quisiera aplacar aquel resentimiento, cogió una mano de su abuelita y la llevó cariñosa á sus hermosos labios.

La madre de Enrique, que habia comprendido los pensamientos del jóven, la tormenta que rugia en su pecho, sobre el que él la estrechaba con nerviosa contracción, cogió á su vez la mano de su nietecita, diciendo resignadamente:

—Dios es muy misericordioso, y al dejarme ciega me ha dado este ángel para que me guíe y acompañe.

Miró Enrique por primera vez á su bella sobrina, en la que no habia reparado; tan embargado le tenia la tierna emocion de verse en los brazos de su madre, y reconociéndola, la abrió los brazos diciendo:

—Conchita, ¡qué hermosa y qué buena eres!

—Abrazó Conchita á su tío toda ruborizada y llena de regocijo; y sus flotantes cabellos se enredaron en los botones de la levita del gallardo teniente, que temiendo lastimarla, plegaba su talla elevada, en tanto que Conchita, avergonzada y confundida de darle tal molestia, tiraba sin duelo de sus rubios rizos, cuyas hebras de oro rompía sin compasion, por más que Enrique la repitiera una y mil veces:

—Espera, espera, hija mia; no seas impaciente, mira que te vas á hacer daño.

Conchita, cuya viveza de carácter ya conocemos, y que sentia tanto causar aquella molestia á su tío, no respiró con libertad hasta que no vió libre su cabellera de los atrevidos botones, que convertidos en agüaciles habian querido prender á la hermosa niña.

Estendida por todo el pueblo la noticia de la llegada del hermano del señor alcalde, que volvía de Cuba, medio pueblo acudió á casa del tío Pierna chica, el cual no sabia qué hacerse para ser cortés con todos, y tanto él, como su mujer y su hija Patrocinio, que abría y cerraba discretamente el precioso abaniquito de Concha que ésta le habia dejado, se hallaban embelesados y fuera de sí al ver su casa honrada con tan

distinguidos huéspedes, sin atreverse á decirles que se sentaran, temiendo no hubiera asientos para todos.

Supo el alcalde la llegada de su hermano, y como los ímpetus naturales de la sangre se sobreponen siempre á los resentimientos de familia, corrió, con el anhelo de abrazarle, seguido de su esposa y de los niños.

Sintió Conchita la voz de su padre que subía la estrecha é insegura escalera de la casa del tío Pierna chica, donde le habian dicho que se hallaban su hermano y su madre, y acercándose á ésta, la dijo en voz baja:

—Abuelita, mi papá viene.

—Comprendió la abuela el aviso de la nieta, sin cuyo cariño su hijo la hubiera hallado sola y abandonada en casa, lejos de la alegría de la fiesta, de la gente y de su misma familia, y para evitar nuevos disgustos entre los dos hermanos, dijo á Enrique, que la preguntaba cómo estaba en aquella casa con Conchita:

—Como en los balcones del Ayuntamiento hay tanta gente y tanto ruido, he preferido venirme aquí, acompañada de mi querida nieta, que no me deja nunca sola.

Bajó los ojos Conchita, llena de adorable confusion, y su tío acarició enternecido sus hermosos cabellos; pues la niña, para arreglárselos, se habia quitado su sombrero de paja, y procuraba, envolviéndolos en sus deditos de marfil, volver á enroscar sus tirabuzones, que los botones del uniforme de su tío habian deshecho, para que su mamá no la riñera.

Dirigióse el alcaldé á donde estaba su hermano con los brazos abiertos, y Enrique, olvidándolo todo, le recibió en ellos con tanta efusion como ternura, llenando de gozo el corazon de su buena madre, para la que el mayor torcedor era ver rencorosos y desunidos dos seres que habian recibido la vida en su mismo seno.

La alcaldesa, que estaba algo separada del grupo formado por la ciega y sus dos hijos, conociendo los motivos de resentimiento que contra ella tenia Enrique, tanto por lo que le habia mortificado á él, como por lo que hacia sufrir á su madre, no se atrevia á acercarse hasta ver cómo la recibía su cuñado, y sus negras cejas empezaban á fruncirse á impulsos del despecho

que sentía, viéndose del todo olvidada en aquella dulce expansion de familia.

Conchita, con aquel instinto tan delicado y tan superior á sus años que la distinguía, comprendió lo que sufría su mamá, y corriendo á ella y cogiéndola la mano la dijo con infantil é ingénua alegría:

—Mamá, mira, mira qué guapo viene mi tío.

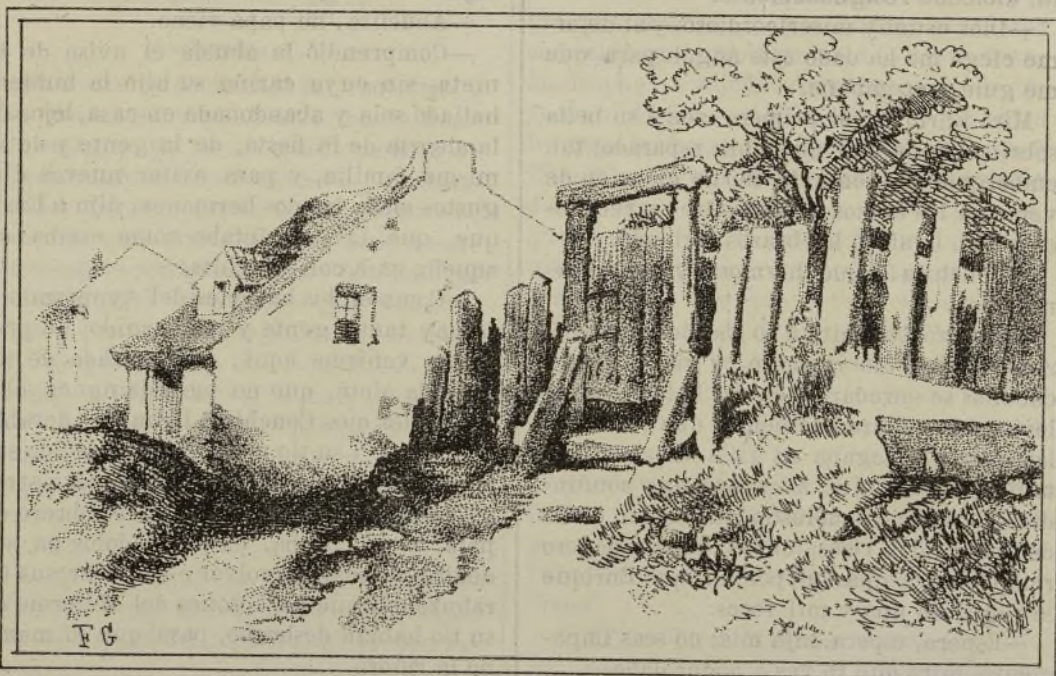
(Se concluirá.)

RAFAEL LUNA.

TIPOS DE RAZAS HUMANAS

Deseosos de que nuestros jóvenes lectores adquieran conocimientos sobre etnografía, es decir, acerca de la multitud de razas y familias humanas que en el mundo existen, en el grabado de la pág. 173 ofrecemos tres diferentes tipos africanos.

El indicado con el número 1 representa á un Nubio armado con una lanza y provisto de una espada, cuyo guardamano forma una cruz con el puño á la manera de las que en la Edad Media se usaron.



Elementos de dibujo.

El número 2 representa á un negro del Bertat pintorescamente vestido con pieles de animales, y cuyo gorro, terminado por una pluma de avestruz, se ha formado con los despojos de un mono negro. Aparece armado con una lanza, un puñal y un rompe cabezas de marfil.

En último lugar presentamos el tipo del Galla con el rostro pintarragado al estilo de muchos pueblos salvajes. Aunque la raza se extiende por extensas y distintas comarcas, no tiene iguales costumbres en todas ellas. Nuestro número 3 representa á un individuo, nacido en una tribu establecida en los

linderos de la Abisinia, y lleva armas forjadas con maestría.

CHARADA

Mi primera duplicada
es ya segunda con tres,
prestando al todo dinero
al ciento veinte por cien.
(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada inserta en el número anterior:

MONJA.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzales, Silva, 12.